

Flirt



Núm. 7.

30 cts.

VENUS & COSMOPOLIS

MUY CERCA Y MUY LEJOS.

Carmen y Salomé. Estos dos maravillosos ejemplos de mujeres fatales han estado unos días entre nosotros. No conservan esos nombres, ni las vestiduras que las caracterizan. Aunque a veces tornan a usar unos y otras. Sí, en el teatro. Digamos ya que nos referimos a Gabriela Besanzoni y Genoveva Vix, intérpretes de Carmen y de Salomé, respectivamente, en la ópera; y que en su vida permanecen fieles a los personajes que encarnan en los escenarios.

Recuerdo a la Besanzoni en la Habana, una noche de luna llena, que yo dije que era la de la Alpujarra. Fué en un brindis de una fiesta andaluza. Y para final, dirigiéndome a la mesa que con Straciari y la signora Melis, ocupaba Gabriela, le dediqué la nostalgia de aquel grupo de moros de la Bética, dos veces desterrados: una del Islam y otra de Andalucía. Gabriela Besanzoni reía y caracoleaba como la famosa cigarrera en el primer acto de la encantadora española de Bizet. Y aquella misma noche se dió completa Carmen. Ya amanecía cuando un sonámbulo que encontré por las calles, un amigo mío, me confesó ra-

biando y llorando su pasión por la Besanzoni, su despecho. Y gritaba, y en italiano, como en el Real:

—¡Richordati que t'adoro!

Contrasta con la llameante hembra destructora, voraz; contrasta Genoveva Vix, de ojos de esmeraldas del collar de esmeraldas y perlas. Es la seducción material, el embrujamiento callado y medroso, el hechizo satánico. Junto a la Besanzoni y a Carmen, parece atropellarnos un vendaval. Al lado de la Vix y Salomé, presentimos la tortura alucinante de que no roba el aire una campana neumática. ¡Y cuán deseados los dos tormentos! La excesiva inquietud y la quietud suprema. Recuerdo a Genoveva Vix reclinada en una recamier, revelándose entera su serpentina figura bajo una ceñida túnica de seda verde, desnudando los brazos, fija la mirada. Y en una mano tenía un orquídea, que bien podía ser la cabeza de un áspid o prodigio...

Y estas dos divinas y malditas mujeres, han pasado por Madrid, sin que nadie se sintiera don José, ni don Bautista.

F. García Lanchiz



—Pero, desgraciada, ¿cómo ha podido ser eso?
—¡Ay señora!... ¡El amor es ciego!...

Dibujo de TITO.



—¿La señora trae algo más?
—Solo estos dos bultos.

Dibujo de MÁRQUEZ.

SUSCRIPCIÓN: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, SEMESTRE, 8 PESETAS. — AÑO 15 PESETAS

EL DUENDE DE PALACIO



Acaeció, para ejemplo de intrigantes y amañadores de la *cosa pública*, que el ambicioso P. Nithard, amo de España y de *toda* la reina, doña Mariana de Austria, encontráse con la horma de su zapato en su protegido don Fernando de Valenzuela, un hidalgo pobretón, pero más galán y con más trastienda que su paternidad. El pensó que dentro de Palacio fuese el hombre su lacayo más fiel, y no fué sino uno de los estorbos que le ayudaron a caer con más seguridades de no alzarse más en el gobierno de España ni en el corazón de la soberana.

La nobleza, don Juan de Austria (el hijo de la *Calderona*), y el pueblo

pidieron la destitución del jesuita P. Everardo, y S. M. hubo de acceder mal que le pesase, aunque no fué tanta la pena pues que ya tenía puestos los ojos y algo más en el galán don Fernando, que además de osado e intrigante tenía sus puntas y collares de poeta.

Agarrado a las faldas de su mujer que era camarista se introdujo en los regios aposentos y en ellos se alzó con el favor y la omnimoda influencia que tuvo su protector. Desde el momento de su presentación todas las noches había conferencias secretas con la viuda de Felipe IV, y en verdad que habrían de ser estas entrevistas muy provechosas para la buena salud del reino cuando alongábanse hasta las primeras horas de la madrugada. Como en principio nadie diérase cuenta de tales visiteos y la reina estuviera al tanto de cuanto ocurría, entre su servidumbre dióse en decir que había duende en Palacio, y cuando ya hasta los galopines de las cocinas supieron el encumbriamiento de Valenzuela, siguieron llamándole el *Duende*.

En todas partes hablábase con entera libertad, sin rebozo alguno de la súbita y escandalosa elevación del favorito. La reina hacía oídos de mercader a sátiras y habladurías y holgábase de lo lindo con su merced, mientras el infeliz Carlos II se malograba entre beatas y frailes. Si alguna distracción se le permitía, fuera de misas y procesiones, era Valenzuela quien se la proporcionaba por congraciarse con él.

Un día aparecieron en las mismas puertas del Alcázar los retratos de la dama y el galán; aquélla con la mano puesta sobre el corazón y al pie del lienzo un letrado que decía:

Esto se da. La efigie del ministro señalando las insignias de los empleos y dignidades tenía también su cartelón escrito en tales términos: *Esto se vende.* Ninguno de los dos satirizados se querellaron grandemente por la insolencia y prosiguieron haciendo alarde de desaprensión. El Privado se creyó otro Villamediana y quiso emular su cinismo en otra fiesta cortesana por el estilo de aquella en que el infortunado conde hizo públicos sus amores. Valenzuela presentóse en un torneo, vestido de punta en blanco, luciendo dos divisas que decían respectivamente: *Yo solo tengo licencia; A mí solo es permitido.*

Estos y otros alardes de cinismo fueron eclipsando la estrella del osado favorito, hasta que la grandeza se impuso y arrojó del ministerio público y del lecho regio al que tan alto había subido. Fué preso en El Escorial! el 22 de Enero de 1677 y acabó sus días míseramente en Méjico.

Una víctima inocente hubo en esta comedia cortesana que urdió la impudicia de una reina hipócrita y banal, la mujer del privado doña María de Uceda, que fué presa por los delitos de su marido y feneció con la razón perdida en la ciudad de Talavera...

Diego San José



INOCENCIA

ELLA.—Pero ¿por qué tienes tanto empeño en llevarme al cine?

Dibujo de F. GALINDO.



REPARO

—Pero... ¿y si nos sorprenden?
—No tengas miedo, tontina, que estoy bien armado.

Dibujo de MARTÍN ROYO.

EL HIJO SANTO

Otra historia del convento... En ciertas almas femeninas el fraile ejerce una verdadera fascinación. Hay devotas enamoradas, sin saberlo, del fraile que las confiesa. En las jornadas del Decamerón el monje guapo rivaliza con el mancebo seductor y el gentil hombre rico. Y es mucha verdad que, en determinadas épocas, y en algunos conventos, el culto a Venus fué el principal—o, por lo menos, el más practicado—de todos. Lo cual, en mi entender, proviene, más que de la natural lascivia de los frailes, de la malignidad de las mujeres, que es inagotable, y de su curiosidad viciosa, que no tiene fin.

Pero no voy a referirme a ningún caso de pasión frailuna, es decir, de contubernio sacrilego, sino a otro, aun más curioso, que pudiera llamarse de fanatismo conventual. Es el siguiente:

Una de las devotas de nuestra casa hallóse viuda y encinta. Dió a luz, y cuando pudo levantarse y contemplar al recién nacido en su cuna quedóse absorta de admiración. Su hijo se parecía a Jesús: era el Niño Dios de Belén. En verdad la criatura asombraba por su belleza, por su gracia. Tenía, naturalmente, los cabellos rubios, las mejillas sonrosadas, la boquita purpúrea, los ojos grandes y luminosos. Se parecía a Jesús, pero también a Adonis.

La madre decidió hacerlo santo. Aquel niño portentoso había nacido para triunfar en la vida mística, como un Francisco de Asís o un Gonzaga. Y desde la cuna comenzó a moldearle para el convento. En cuanto pudo jugar, no tuvo muñecos de trapo, ni soldaditos de plomo, sino pequeñas custodias de estaño, diminutos altares de cartón, estolas y casullas de papel de seda, vírgenes de barro y Cristos de metal, cuanto podía concurrir a darle una primera visión del mundo exclusivamente eclesiástico. En cuanto supo leer no hubo para aquel niño Robinsón, ni Julio Verne, ni aun siquiera cuentos de Grimm y de Perrault, sino vidas de santos extractadas, devocionarios, gozos y letanías.

Por fin llegó la época en que podía orar en la iglesia, y seguir a su madre en sus paseos devotos y en sus peregrinaciones. El niño vivía fascinado, sugestionado. Su alma inocente y dúctil se plegaba a todas las exigencias del fanatismo materno. En cuanto su edad lo hizo posible entró en nuestro convento. Su noviciado fué, al principio, ejemplar. La comunidad estaba sorprendida.

—Tiene madera de santo —decía el Prior.

Y yo dudaba. Parecíame la suya una vocación superpuesta, una violación de su espíritu virginal. Contemplándole en el coro, en el es-

tudio, en el patio, se me antojaban sus miradas, sus ademanes; y sus gestos de ardiente y profunda paganía. La llama interior del novicio era de amor, pero de amor humano, de amor terreno. Su interpretación de las escrituras abundaba en imágenes palpitantes como senos, encendidas como labios de pecadoras. Y su hermosura era cada día mayor, más luminosa y más viril.

Cumplió sus votos, luchando valerosamente contra el instinto y durante algún tiempo fué un fraile admirable de energía, de disciplina y de fe. Sus sermones eran los más apasionados y bellos de la Orden. Yo no era su confesor, pero sospechaba sus luchas interiores, veía sus noches, imaginaba sus sueños poblados de formas blancas y fáciles, que le atraían y le dominaban.

¿Cuánto duró el combate? No recuerdo. Una noche llamó a la puerta de mi celda y me narró su historia. El no había nacido para el claustro. El hombre rompía la urna mística en que habían encerrado al niño. Lo habían inmolado a Jesús, como a Moloch. Protestaba. Quería vivir, quería amar...

Su confesión fué extensa y atormentada. Llenaría muchas páginas de estos apuntes. Cuando la hubo terminado me levanté, le puse ambas manos en los hombros y le dije:

—Abandona el convento y ama a las mujeres.

Su exclaustación produjo un formidable escándalo. A la noticia de su matrimonio en el extranjero, su madre estuvo a punto de volverse loca. No le fué posible vivir en su patria. Fuera de ella, no le era fácil encontrar amistades. Porque aquel hombre no era un Renan, sino un don Juan. No había nacido para escribir, sino para

querer. Quiso a su mujer y a las mujeres apasionadamente, pero el rencor inextinguible de su madre y el estúpido desprecio público que envuelve a los frailes exclaustados, envenenó su vida. En tal forma que a los cuarenta años hízose soldado mercenario y murió en China, en un combate contra los boxers. Al enterarse de su muerte, su madre hizo el signo de la cruz.

—¡Castigo de Dios!

Yo guardé silencio. Y cuando aquella mujer fanática me llamó a su lecho de agonía, años más tarde, le dije:

—Quisiste tener un hijo santo y lo tuviste mártir. Cegaste la propia fuente de la vida, que es el amor. Fuiste contra la primera ley de la vida, que es la verdad. Inmolaste la vida de tu hijo a Dios. Y yo inmolo la tuya en el ara ardiente de Satán. Tu pecado, de orgullo y fanatismo, es de los que no pueden perdonarse nunca.

Horrorizada por mis palabras, exhaló un grito terrible y expiró.



—¿Y usted es ese hombre severo que persigue la pornografía?
—Sí, señorita; la persigo... ¡hasta que la encuentro!...

Dibujo de Tiro.

Alberto Insua



Dibujo de José.

OTRO AMANTE, POR ROBERTO MOLINA

Bella muchacha apenas núbil,
fragante y blanca como el nardo,
graciosa y ligera,
que pasas la vida soñando...

Estás en la edad de los sueños
y del amor casto.

Todavía eres inocente,
tal vez en tus quince años
no han manchado tu oído aún esas
terribles de los sátiros.

Pienso en tí y me sonrío con pe-
[na...

Te compadezco y te amo
bella muchacha núbil,
fragante y blanca como el nardo.

Amapola nacida
al tibio sol de marzo,
¿qué sabes de la horrible, de la
[ardiente y diabólica
sed del verano?

La malicia del mundo
no ha manchado tus labios,
linda chiquilla frágil
alegre y libre como el pájaro.

Hueles a primavera...
Toda eres como un vaso

del más puro cristal, que ha reco-
[gido
los aromas y los jugos de mayo.

Florecita de almendro,
teme al siniestro saurio
que ha salido de caza
y rastrea tus pasos.

Mira cómo te siguen,
jadeantes y osados,
el opulento nuevo rico
y el viejo rico anciano.

La música del oro
te seduce.

Tu mano
--vivo jazmín-- se engarza en los
[rugosos
dedos asarmentados.

¿No te repugna ese decrepito
monstruo adiposo, lacio,
temblón, concupiscente,
y gotoso y asmático?

¿Tanto te gusta ese vestido
y esos lindos zapatos?
Acaso en la alta noche
suspiras triste.

Acaso
no te hace feliz esa carroza,

ni el palco del teatro,
ni el florido hotelito
solitario
que se alza en las afueras
y parece un romántico
y triste sanatorio
apartado.

¡Oh, pobre juventud! Bella mu-
[chacha
fragante y blanca como el nardo.

Tu cuerpo joven y ágil,
armonioso y elástico,
se merece otro amante;
un joven puro y casto,
candoroso y tímido
o atrevido y osado,
pletórico, sediento,
brioso y guapo.

Tal vez un estudiante o un te-
[niente,

un torero, un gitano,
un hombre joven que te quiera,
y no ese octogenario
temblón y catarroso,
y gotoso y asmático...

Roberto Molina

La Grecia que nace en el año 600 y que en poco más de dos siglos, al mediar los años del 460 al 430, llega a su apogeo político y guerrero con Pericles y a su encumbramiento artístico con Fidias, y después, vencida por Esparta, conserva aún por mucho tiempo la hegemonía del arte, pero derivando ya por los reveses materiales y por la influencia de la filosofía de Sócrates, esa Grecia del siglo VI al siglo IV, antes de la Era cristiana, es una excepción en el mundo.

Nacida socialmente, como después los Estados Unidos de la América del Norte, sin abolengo, sin tradición histórica, sin yugo militar y sin agobio de ninguna autoridad, fué una Nación que se creó a sí misma, empezando por lo más adelantado de todas las otras y sin traba ninguna para desarrollarse. Ni una ni otra han tenido que destruir para edificar y comenzaron ambas construyendo a capricho de su propio ideal...

La ciudad del archipiélago tendió a embellecerse, a crear arte y ciencia con el supremo afán de la belleza. La ciudad del nuevo mundo tendió a crear industria y riqueza. Esta fué más práctica pero aquella fué más sublime.

Y cabe fácilmente en lo posible que existan mañana mil ciudades como New-York, pero es absurdo el pensar que haya jamás otra Atenas.

Realmente aquella explosión de luz, de arte y de felicidad material no tuvo antecedente ni tendrá sucesor. Fué única, y como única, incomparable.

El clima de aquellas islas es maravilloso, y lo era entonces infinitamente más que hoy. Y el suelo de alguna

de ellas, Paros por ejemplo, es otra maravilla, ya que toda la isla viene a ser un enorme bloque de mármol, la piedra por excelencia para el escultor y para el arquitecto.

Como no tenían ascendientes constituidos en gobierno no tuvieron la tara de un despotismo ni el peso abrumador de una superstición. Nació el pueblo libre de imposiciones políticas y de ideas religiosas, y fué, a su albedrío, al régimen más justo y a la religión más agradable, y así se da el caso de que los griegos, desde el instante mismo en que aparecen como pueblo, se destacan instantáneamente de todos los pueblos, incluso de sus más afines, los griegos asiáticos, para llegar a la Humanidad la teoría más hermosa y más consoladora de cuantas existen sobre la tierra, la del racionalismo, que nos hace considerar que todas las cosas humanas son privativas del hombre y dependen de nosotros mismos con absoluto dominio.

Con este ideal de belleza, con este personalismo para comprender la vida, y con este culto, en el doble sentido de afición y de ley religiosa, es decir, de inclinación natural y de mandato divino, nació el amor físico, sublimándose y santificándose. Era una religión equivocada, cierto, pero era una religión. Hoy, nosotros, podemos y debemos abominar de ella, pero entonces, y ellos, estaban obligados a practicarla. Y a donde no llegara su propia exaltación individual habría de llegar forzosamente el cumplimiento de sus deberes con el rito.

No habían conocido las edades pasadas ni volverán a conocer las edades futuras una divinización de la materia tan absoluta y tan sutil.

El aire se hizo Olimpo, es decir, fué cielo. La tierra, el suelo que pisaban, la piedra mármol que hollaban sus pies, se hizo estatua y se hizo Parthenón, es decir, fué arte, y Atenas, embellecida por Fidias a la orden de Pericles—como el Vaticano después fué sublimizado por Rafael al mandato de León X—surgió repentinamente poblada de obras admirables.

Y entre el arte mágico del escultor que hacía brotar la Cabalgata de las Panateneas, de Fidias, y el Hermes, de Praxiteles, y la invención mágica de los poetas creando a Zeus sobre las nubes, y a las nubes sobre el Olimpo en las montañas de Tesalia, se extendía la Tierra feraz y los bosques consagrados a Afrodita y a Eros, como si todo en la creación hubiera sido dispuesto para la divina pelea del amor.

¿Y qué amor humano, tan humano, tan humanizado, tuvo jamás estirpe tan divina? El antropofornismo—el concepto que atribuye a la Divinidad las mismas ideas y los mismos móviles que a los hombres, más intensos y más poderosos, pero los mismos—tuvo en la Grecia su mayor desarrollo, y cada acto importante de la vida terrenal se personificó en un Dios que los gobernaba. Además de los grandes dioses presididos por Zeus había divinidades inferiores como las Nereidas y los Tritones, en torno de Neptuno, y Proserpina compartía con Plutón el reino de los infiernos. Pero esto aun fué poco para el afán individualista del pueblo libre por excelencia y a las divinidades celestes añadieron las divinidades de la propia tierra. Pan y los Faunos gobernaban los campos, las Ninfas habitaban las montañas, las Driadas y Homadriadas vivían en los bosques, y las Musas inspiraban directamente a los poetas predilectos.

Llegó un instante en que la Naturaleza fué casi una persona y nada ocurría sin que alguien lo hiciera. Para amanecer, la Aurora abría las puertas del cielo: para que hubiese viento era menester que Eolo soplara...



--El resultado es que te encuentras con un hijo.
---¡Natural!...

Dibujo de Tirro.

CANSINOS - ASSENS

LA BELLEZA DEL PECADO

Si alguna vez, oh mujeres, lamentáis no ser únicas entre los hombres, si la envidia de una rival aflige vuestro corazón pueril, será porque nunca pensasteis cuál sería vuestra suerte en mundo donde sólo existiese una de vosotras, única y singular como una maravilla.

¿Qué sería entonces de esa mujer única, aislada como un plenilunio perdurable, entre la muchedumbre de los hombres? ¿Cómo podría entonces sustentar ella sola la carga de tantos deseos, suscitados por su belleza, ni de dónde tomaría rosas bastantes para deshojarlas continuamente? ¿Cómo podría entonces gustar la dulzura de reposar en un pecho análogo, de cobijarse bajo una barba tersa, cuando el miedo frecuente a las cimbras viriles la intimidase, pávida? ¿En qué oídos, enteramente rosados, podría murmurar un secreto, un solo secreto de su alma misteriosa? ¿Qué mujer vigilante y discreta defendería su sueño protegiéndola como un biombo vivo?

¡Oh, mujeres, si alguna vez deseasteis ser solas y únicas, fué porque nunca pensasteis en el pavoroso destino de una luna privada del cortejo de estrellas! Porque siempre, a pesar de vuestros veleidosos orgullos, una mujer, nodriza, sierva o simplemente compañera de sexo, os es necesaria para que no parezcáis enteramente monstruos, para que vuestra belleza pueda ser comparada, para que algo más vivo que un espejo refleje vuestra imagen, y para que en los umbrales del retiro en que reposáis fatigadas, un cuerpo bello y apiadado os haga inaccesibles e invioladas, por un instante al menos.

R. Cansinos-Assens



—¿Es decir, señor doctor, que mi curación está en mi mano?
—Sí, y la enfermedad también.

Dibujo de ABELA.

Y en este culto materialista—a fuerza precisamente de que todo se divinizaba—unido a la adoración de la belleza con premios públicos en los juegos olímpicos para los más fuertes, los más ágiles y los más hermosos estatuarmente considerados, nació el amor a la línea, a la perfección física, y por consecuencia al desnudo, que es la demostración de esa belleza.

Hombres y mujeres vestían de tal modo que era difícil verles el vestido, y sólo se prodigaban los amplios pliegues de las túnicas para los viejos. Para los viejos, que no aborrecen la línea, sino que la añoran...

Y en este culto universal a la fuerza, a la agilidad, a la belleza, a todo lo hermoso de la naturaleza, no podía faltar el culto personal a quien reúne toda belleza, a la mujer.

Y Venus Afrodita fué adoraada. Y surgió el amor más grande que ha existido en la humanidad. El amor al amor. No el amor vicioso y escondido de las ciudades corrompidas: no el amor comprado y aburrido del harém de los Reyes, como hoy el de los árabes: no el amor obligado y legalmente eterno de los cónyuges: no el amor pregonado en el afecto y hurra en la realización, que después caracterizó a la edad media, si no el amor amor, el que se unía con la inclinación del momento, el que se realizaba sin falsos pudores y al que se iba públicamente, con risas y con cánticos, para rendir homenaje a la divinidad de la excelsa Diosa Venus...

¡Divina Venus! ¡Humano Priapo! Muertos estais, pero yo os digo todavía ¡saluó, magníficos dioses!!

Manuel Linares Rivas



— El otro día vi al marido de Anita y está hecho unos zorros. ¿Para qué le serviría ahora?
— Para la limpieza.

Dibujo de MÁRQUEZ.



DOS... ARTISTAS

EL EMPRESARIO.—¿Y dicen ustedes que trabajan juntas?

—Sí, señor... juntas, siempre lo hemos hecho mejor que separadas.

Dibujo de MARTÍN ROYO.

ALVARO RETANA

MENEGILDA, DONCELLA DE UNA «COCOTTE» DE ALTO RANGO

La señorita en cuya casa entré a servir al expulsarme el señorito Paquito de la suya, en Septiembre de 1892, sustentaba el criterio de que ser «cocotte» no es ninguna deshonra.

Yo entonces no sabía concretamente en qué consistía eso de ser «cocotte», y a qué obligaba, y la cocinera de la casa, asombrándose de mi ignorancia, me reveló que ser «cocotte» es tener un amante que nos mantenga espléndidamente, que nos compre alhajas y pieles, que nos adquiera un carruaje y que nos exhiba en teatros y paseos como un juguete de lujo. Yo siempre había oído que para ser... eso y no ganar nada, más valía ser mujer honrada; de donde deduje que si ser «cocotte» era ser eso y ganar mucho dine-

ro, a mi señorita no le faltaba razón al afirmar que ser «cocotte» no era ninguna deshonra.

Mi señorita se había quedado huérfana de padre y madre muy joven y las tías que la recogieron no pudieron por sus escasos medios de vida atender a las necesidades de su sobrina en cuya cabecita ardía la llama de una ambición inextinguible. Mi señorita no se avenía a la estrechez que la suerte la señalaba y soñaba con trapos, joyas y diversiones fabulosas. Un hombre, gordo, cuarentón y desprendido, la cortejaba deseoso de convertirla en su querida, y ella no vaciló en escaparse de su casa para ser la amante oficial de su seductor. Pero el seductor resultó seducido, porque mi señorita en menos de un año le hizo gastar la friolera de ochenta mil pesetas, entre alhajas, vestidos, excursiones a París y Londres, e instalación de un coquetón pisito en la calle de Serrano, y aun le obligó a que le pusiera en la cuenta corriente del Banco diez o doce mil duros.

Y cuando mi señorita advirtió que su protector, alarmado y resentido por los continuos dispendios de ella, se aprestaba a cerrar la bolsa, le despidió altivamente diciendo que cuando un hombre no tiene dinero para mantener con decoro a una señorita decente, debe alejarse de ella y no malograr su porvenir.

Efectivamente, el cuarentón retiróse por el foro y un segundo amante más generoso que el primero vino a sustituirle por una temporada, hasta que se presentó el tercero que ella utilizó como puente para pasar al cuarto, quien fué a su vez el precursor del quinto. Porque con las mujeres de la galantería sucede lo que con las letras de cambio: mejoran a medida que aumentan las fir-



VERDAD ES

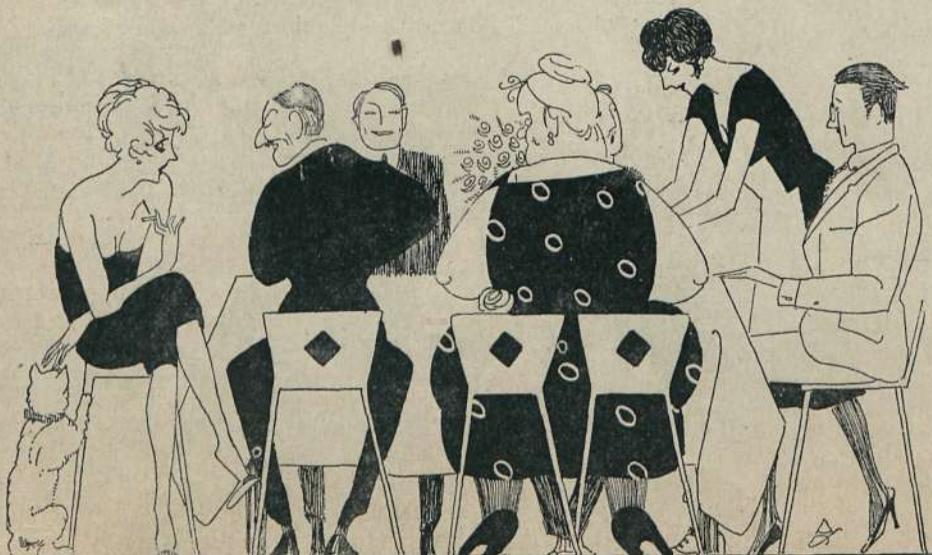
EL BOTONES.—Dice la lavandera que tiene necesidad de subirle la ropa...

—¿Pero tú crees que se me puede subir más?

Dibujo de MARTÍN ROYO.

mas y una vez lanzadas—que es lo difícil—siempre hay un *michet* dispuesto a encargarse de su sostenimiento. Cuando yo entré al servicio de mi señorita estaba entretenida por cuatro amantes a la vez que atendían cada uno en la medida de sus fuerzas a mantener el rango de tan encofetada vendedora de caricias. Ella sabía armonizarlos con la misma pericia de un fabricante de bombas que advierte que al menor descuido puede provocar una explosión, y los cuatro se dejaban manipular por ella como dóciles corderillos—la cocinera y yo empleábamos otra palabra más expresiva, sobre todo dicha en aumentativo—y algunos días reuníanse los cinco a la mesa con gran estupefacción mía que siempre he tardado en explicarme la razón de las cosas más tiempo del necesario.

La señorita vivía con una de sus tías, que si bien en principio abominó de una sobrina que tan concienzudamente las había sumergido en la deshonra, después con su encumbramiento se había metamorfoseado en el orgullo de la familia. La tía de mi señorita era la administradora de las noches de amor de ésta y la que solía aconsejarla con discursos tan lu-



minosos como el que reproduzco:

—Mira, Lola; es preciso que no recibas a don Amaranto Almeras más de una vez a la semana, porque ese hombre te desgasta demasiado y tú no puedes debilitarte porque a él se le ponga entre ceja y ceja. El tendrá mucho mérito por eso de ser Académico de la Lengua y te dará mucho dinero, porque rico también lo es; pero chica, no compensa y tu salud es antes que nada. Así que me parece que debes limitar le las visitas y si no se conforma a la calle y... tan amigos. En cuanto a Julianito Garañón, creo que también debes adoptar alguna medida contra él. Es un barbarote que se pasa el día haciendo gimnasia y cultivando los sports, y así pasa que luego viene con más bríos que un toro. No, hija, no. Tu salud es antes que nada, y tú eres una señorita muy decente que has venido a este mundo para algo más que para servir de desahogo a ese niño-ciclón. La otra noche estuve a punto de dar unos golpes en la puerta de tu alcoba, porque desde las once que os acostasteis hasta las cuatro de la mañana no paró el trajín. Y francamente, Lola, esto es una barbaridad y como tú no te decidas a poner coto a estas demasías, seré yo la que intervenga.

—Pero, tía, por Dios—protestaba la señorita—si es que jugábamos a las luchas greco-romanas ¿y cómo iba yo a decir a un muchacho tan desprendido como Julián que... se desprendiese cuando me había echado una llave?

—¿Una llave nada más? lo menos conté yo quince...

La señorita era muy comunicativa y generosa, y continuamente excitaba el amor propio de sus amigos para que me diesen buenas propinas. Me regalaba trajes suyos y ropa interior en perfecto buen uso, y me educó tan exquisitamente en el arte de componerme, que cuando yo me miraba al espejo me desconocía. Había ya cumplido diez y siete años y era ya una real moza con un pecho soberbio y unas ancas que eran la preocupación de los tenderos del barrio. Mi zapato de tafilete y mis medias de seda contribuían a refinarme, y mis propios padres, los domingos que con permiso de la señorita iba a visitarlos a San Fernando del Jarama, se quedaban patidifusos contemplando la radiante transformación de su *lugareña*.

Y lo que les hubiese hecho abrir una boca como una espuerta hubiera sido saber que yo, en ausencia de mi señorita, me probaba sus sombreros y me sentaban tan divinamente como a ella.

Alvaro Retana



—Señorita, el instalador de luz eléctrica que tiene mucha prisa y desea colocársela ahora mismo a la señorita.

Dibujo de MÁRQUEZ.

GOMEZ DE LA SERNA

EL DISFRAZ INAUDITO

Martina siempre estaba planeando su nuevo traje de máscara desde que se acababa de consumir el último carnaval hasta que comenzaba el otro. Era para ella el carnaval como el momento para sus grandes iniciativas y sus grandes locuras.

Martina se había vestido un carnaval de aeroplano, otro carnaval de «Cortesana de Alejandría», y otro carnaval de «pitonisa».

Para el nuevo carnaval pensaba y pensaba sin cesar de qué se vestiría. A esa hora en que atardece y las mujeres que leían o cosían junto al balcón, por no levantarse de la silla y encender la luz se quedan pensando en sus cosas con la mirada perdida a través de los cristales del balcón, ella pensaba en el disfraz que la convendría.

—¡Un disfraz original! ¡Un disfraz verdaderamente original!—decía, levantando los ojos al cielo.

Pero su idea de disfraz no surgía, pues no quería de ningún modo vestirse de dominó, de dama con miriñaque ni de valenciana con el moño lleno de clavijas.

Entonces, viendo que no llegaba del cielo la inspiración, vendió su alma al diablo «para que éste la vistiese con el disfraz más seductor, el disfraz que hiciese perder la cabeza a todos los hombres y al jurado» y el diablo entonces la disfrazó de «adúltera», y todo el público del Gran Baile Nacional la persiguió aquella noche.

Ramón Gómez de la Serna

LOS CLASICOS DEL AMOR

LA EMBARAZADA, POR SACCHETTI

El florentino Sacchetti fué imitador de Petrarca en poesía. Su existencia fué agitada. Viajó mucho por el extranjero. Fué prisionero en Pisa, embajador en Ginebra, podestá en San Miniato y gobernador de Florencia. A semejanza de los escritores de su época, tuvo por musa una dama cuyo nombre se ignora...

En otro tiempo había como párroco de una iglesia de Castello, condado del territorio de Florencia, cierto cura llamado Tinaccio, que ya era viejo, pero que en su juventud tuvo por amiga una linda muchacha de la gran villa de Oguissante, y había tenido de ella una hija, que en la época de nuestra narración era muy linda y estaba en edad de casarse. La fama divulgaba por todas partes que la sobrina del cura era una hermosa muchacha. En la vecindad habitaba un joven, del cual quiero callar el nombre y el de su familia. Este joven, habiendo visto muchas veces a la sobrina del cura, se enamoró de ella y se le ocurrió una astucia sutil para lograrla.

Una tarde en que el tiempo estaba lluvioso, hacia el obscurecer, se disfrazó de aldeana, y después de haberse puesto las faldas, se amarró sobre el vientre lios de paja y de tela, que le daban el aire de estar embarazada y con el vientre en la boca. En seguida se fué a la iglesia para pedir la confesión, como hacen las mujeres a punto de parir. Llegado a la iglesia, hacia la primera hora de la noche, llamó a la puerta y habiendo venido a abrirle un clérigo le preguntó por el párroco.

El clérigo le dijo:

—Ha salido hace un momento para llevar la comunión a un enfermo, pero no tardará en volver.

La mujer embarazada dijo entonces:

—¡Desdichada de mí! ¡Estoy rendida de fatiga!

Y se limpiaba a cada instante con su pañuelo, tanto para no ser reconocida, como por el sudor que le cubría el rostro. Se dejó caer sentada como si no pudiese más, y quejándose continuó:

—Le esperaré, porque a causa del peso de mi vientre me sería imposible volver, y si el Señor dispone de mi vida, no querría que me cogiese sin confesión.

—Que Dios la proteja, hermana —respondió el clérigo, y la dejó que esperase tranquila.

El párroco volvió hacia la una de la madrugada. Su parroquia era muy grande y no conocía a todos sus feligreses. Cuando lo hubo visto en la penumbra, la mujer, con dificultad, le explicó que le había esperado, y limpiándose siempre el rostro, le dijo su estado y lo que deseaba. El cura en seguida empezó a confesarla, y el joven vestido de mujer le hizo una confesión muy larga, de manera que se hiciese bien tarde.

Terminada la confesión la penitente se puso a suspirar, diciendo:

—¡Desgraciada de mí! ¿Dónde voy a poder ir ya a estas horas?

El párroco la respondió:

—Sería una temeridad irse. La noche está oscura; llovizna y amenaza llover más fuerte. Puede usted quedarse esta noche en mi casa, y mañana podrá partir cuando guste.

Oyendo estas palabras, el hombre-mujer vió llegada la ocasión de lo que quería, y sintiendo el apetito despertarse con fuerza, respondió:

—Haré, padre mío, lo que usted me aconseja, porque estoy tan fatigada de haber venido, que no creo poder dar cien pasos sin gran peligro. Estando el tiempo malo y la noche avanzada, haré lo que usted quiera; pero le ruego que si mi marido dice algo me disculpe usted con él.

—Cuenta conmigo—repuso el cura.

Por invitación de éste se marchó a la cocina y cenó con la muchacha, haciendo con frecuencia uso del pañuelo para cubrir su cara. Cuando hubieron cenado, fueron a acostarse en un cuarto que no estaba separado de Tinaccio sino por un tabique.

La joven estaba en su primer sueño; había ya dormido unos momentos, cuando el otro se puso a tocarla los pechos. Se oía al cura roncar ruidosamente. Como la pretendida mujer encinta estaba colocada cerca de la sobrina, ésta conoció bien pronto lo que sucedía, y se puso a gritar llamando al padre Tinaccio y diciendo:

—¡Es un muchacho!

Por tres veces llamó, sin que se despertara, repitiendo:

—¡Padre Tinaccio, que es un muchacho!

A la cuarta, el párroco, adormilado, le preguntó:

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que es un muchacho.

El párroco, creyendo que se trataba de la buena mujer que paría un niño, respondió:

—Ayúdala, ayúdala, hija mía.

Muchas veces la joven repitió:

—¡Padre Tinaccio... padre Tinaccio! os digo que es un muchacho.

Y el cura respondía siempre:

—Ayúdala, hija mía, ayúdala, y que Dios la bendiga.

Y fatigado, cayéndose de sueño, volvió a dormirse.

La muchacha, cansada también de luchar contra la embarazada y contra el sueño, y convencida además de que el cura la exhortaba a no resistir, pasó la noche lo mejor posible. Al amanecer, el joven había satisfecho muchas veces su deseo y descubierto a la muchacha, que ya sin lucha se le entregaba, que por amor a ella se había disfrazado de mujer, y añadió que la amaba sobre todo del mundo. Para agasajarla la dió el dinero que llevaba, jurándole que cuanto poseía era para ella. Arregló, además, los medios de volverse a ver con frecuencia en lo sucesivo, y hecho esto, después de muchos besos y abrazos, se despidió diciéndola:

—Cuando el padre Tinaccio te pregunte por la mujer embarazada, le dices: «Ha parido esta noche un niño, mientras que yo os llamaba, y esta mañana, al despuntar el día, se ha ido con la ayuda de Dios.»

La mujer embarazada se fué después de haber dejado en el jergón del párroco la paja que inflaba su vientre.

El cura, tan pronto como se levantó, entró en el cuarto de su sobrina y le dijo:

—¿Qué mosca te ha picado esta noche que no me has dejado dormir? Toda la noche: «¡Padre Tinaccio! ¡Padre Tinaccio! ¡Padre Tinaccio!» ¿Qué sucedía?

—Que aquella mujer parió un hermoso niño—respondió la joven.

—¿Dónde está?

—Esta mañana al despuntar el día, más por vergüenza, creo, que por otra cosa, se ha ido con su niño.

—¡Ah!—dijo el párroco—; que Dios le dé malas Pascuas. Esas criaturas esperan por largo tiempo, para ir a parir sus hijos no importándoles adónde. Si pudiese volverla a encontrar o supiera quién es su marido, ya la diría yo alguna cosa.

—Haría usted bien—respondió la joven—, porque a mí tampoco me ha dejado dormir esta noche.

UNA SOLUCIÓN ENCANTADORA

I

Leopoldo Benavides estaba contento con su suerte. Su mujer era guapa, tenía un buen destino en la Deuda y su sastre estaba al tanto del último figurín. Además, era socio de Bellas Artes, donde había una partida de poker *brutal*, como él decía. La dicha humana para un espíritu como el suyo.

Pololo, era conocidísimo, como chico bien que se divierte. Cultivó el vestir para cazar una buena dote. Su esposa, Julita Morente, era de buena familia. Esto quiere decir que sus parientes tenían dinero. En lo moral, eran tan vacuas como los maniquies con quienes tenían singular parecido.

Julia no era rica, como suponía Pololo. Lo sería, seguramente. Un tío suyo millonario, la había instituido heredera universal. Con una condición un poco extravagante. No podía entrar en posesión de la herencia mientras no tuviera un hijo. Y lo desesperante para toda la respetable familia, era que llevaban dos años casados y no había novedad.

Este tema era la actualidad permanente.

El padre y la madre espiaban los cambios de semblante de la casadita.

—Parece que tiene muchas ojeras. Pregúntale tú, que entre vosotras hay más confianza...

La respetable señora ejercía una función policíaca, cotidianamente, encaminada a averiguar cualquier venturosa alteración.

Pero el nuevo ciudadano no se dignaba manifestarse de ningún modo. Prefería quedarse en el limbo jugando a la pelota, a padecer las estrecheces claustales indispensables.

A pesar de que Julia defendía a su esposo, la honorable familia llegó a suponer que consistía en una insuficiente laboriosidad por parte de Pololo. El suegro tomó el acuerdo de prohibirle que saliera de noche.

—Mejor es que te quedes en casa. Andas por ahí de bureo y luego vienes muy cansado...

En honor a la verdad, Pololo hacía cuanto le era posible. Julia estaba contentísima de la competencia amateur de su cónyuge.

Pololo estaba documentándose constantemente en *El arte del perfecto amante*, un folleto que vendía a cinco pesetas un médico especialista en enfermedades secretas que también ponía a disposición de su distinguida

clientela un talismán erótico a base de cantaridina. El chico no podía hacer más.

Su familia política le trataba a cuerpo de rey. Pololo gozaba de la existencia privilegiada de ciertos caballos que cumplen la alta misión de que no se pierda la especie.

Pero, entonces ¿por qué misteriosa fatalidad no llegaba el ansiado heredero? Y sobre todo, aquel milagroso aluvión de billetes de Banco.

¡Tantos desventurados, hijos de obreros o de menesterosos que cometen, todos los días, la imprudencia de caer de patitas en este mundo! ¡Y el vástago de tan ilustre familia, millonario aun en gárgara, distrayéndose es tupidamente por el misterioso mundo de lo increado! La Providencia, a veces, tiene descuidos incalificables.

Sí, señores míos, culpamos a la Providencia porque la respetable señora de Morente, igual que su distinguida hija, habían celebrado noveras en pro de tan laudable propósito y habían agotado la fantasía del cerero, en velitas rizadas y toda

clase de exvotos. A la propaganda religiosa se unía la profana del papá suegro, liberal y ateo, *gracias a Dios*, que estimulaba la

imaginación de Pololo con anécdotas de burdel y lecturas indecentes,

ilustradas con desnudos y escenas alegóricas. El buen señor, se proponía mantener encendido el alegre entusiasmo de la juventud.

Pololo lamentaba la injustificada tardanza.

Realmente, ya iba estando un poco en ridículo. Todas sus amistades conocían el caso. Algunos, con una

procaacidad solo tolerable entre la *gente bien*, le habían ofrecido a Pololo una colab-

ración desinteresada.

Conforme pasaba el tiempo la situación se iba complicando. Pololo, del poker había pasado al bacarrat. Debía en la caja del Círculo algunos miles de pesetas. En la casa, también había ya deudas considerables.

Sostenían un tren de vida superior a sus ingresos, con la lógica esperanza de la herencia.

Pronto hubo algunas disensiones de carácter grave.

Un día era la señora quien daba, en pleno almuerzo familiar, la noticia inoportuna.

—Ya sabréis que la portera ha dado a luz dos mellizos. Yo le he gratificado al portero con quince pesetas. ¡Ese sí que es un hombre!



El desventurado Pololo pensaba en preguntar al portero si tenía un truco para fabricar los chicos a pares. Y bajaba los ojos y saboreaba su amargura, mezclado con un trozo de merluza a la vinagreta.

La presencia de una nodriza desasosegaba a la familia. Todos los meses favorecían con un donativo a esa simpática institución que se llama *La gota de leche*.

II

Pepe Lasarte era un muchacho que también se divertía. Era visita habitual en casa de la viuda del general Perete, una gran dama, en cuyos salones se jugaba, se bailaba y se gozaba de una confianza absoluta. Lasarte conocía muy bien los saloncillos reservados, el *cuarto azul*, el *cuarto violeta*, donde las parejitas, cansadas de danzar, podían reponerse a gusto, sin que nadie les importunase. La viuda del general vivía muy bien con tan distinguidas amistades.

Casaditas con sueños de lujo y maridos pobretones y condescendientes; solteritas que no tenían más patrimonio que sus ojos lindos y su cuerpo ondulante... Tenía aquella casa un sello de buen tono, de discreción. Todos los varones que la frecuentaban eran caballeros de posición, que huían de otros lugares de escándalo.

A Lasarte le sorprendió mucho ver una noche, allí, a la mujer de Pololo, su camarada del Casino.

Estaba sola. Pero indagó y supo que su madre la acompañaba y luego volvía a recogerla, al final de la fiesta.

La generala la distinguía mucho.

Como Julia era guapa, tuvo un gran éxito en aquel salón. Esquivaba la sociedad de los señores maduros. Ofrecían pocas esperanzas... El elemento joven la colmaba de halagos.

Julia desaparecía con frecuencia hacia el salón rosa, hacia el salón malva. Conocía ya todos los colores del iris...

Pololo tenía entonces mucha mejor suerte en el poker.

¿Cómo conoció la familia de Morente a la equívoca generala? El padre, acaso, fué amigo del general, en época remota. ¡Quién conoce por qué misteriosos caminos se va a la realización de las grandes obras!

El hecho es que la belleza de Julia era, a la sazón, el sucesos más atrayente para los visitantes de la generala.

Apuestos capitanes, abogados insignes en el arte del artilugio, jóvenes y orondos canónigos, la ponían cerco. Pero el más intrépido era Nogueira, un boxeador galaico de ciento cuarenta kilos, quien, misterios de la delicada psiquis femenina, parecía ser el que más emocionaba a la bella esposa de Pololo.

III

Aquel día luminoso de Mayo, fué de fiesta grande en la morada de los distinguidos señores de Morente.

Julia, con las mejillas teñidas de carmín, dijo con voz de suspiro que sentía un dulce peso en las entrañas.

No era una falsa alarma como otras veces; ahora tenía el carácter de una encantadora y absoluta realidad.

Los suegros volvieron a tratar a Pololo con el antiguo afecto. Y no intervenían ya en que saliese por la noche.

Pololo volvió a ser feliz. Se ocupaba de sus trajes, de sus partidas. Iba a los estrenos a dar golpes con los pies,

frecuentaba los *danzings*, y enriqueció su colección con los últimos colmos y semejanzas.

Era el delicioso chico bien, tan útil para la Patria, así, con mayúscula, para que rabien los anarquizantes.

El embarazo, estado interesante, según se llama a ese monstruoso paréntesis que trueca a las señoras en fardos nauseabundos, seguía su curso. Y una noche, al volver del círculo, Pololo se vió reproducido, con estupefacción, en un crío amoratado, como un cochifrito, que daba unos aullidos horribles.

—¡He aquí el fruto de vuestro amor!—exclamó la mamá suegra con lágrimas en los ojos.

Después de esta conmovedora frase se dedicó a fregotear al feliz heredero.

Y la herencia fué una realidad. Un señor notario, con grandes anteojos sobre la punta de la nariz, fué el mágico personaje que realizó tal maravilla. Vino con un fardo de gerundios y una deslumbrante cartera de valores.

Las cenizas del testador ya podían reposar tranquilas.

Pololo estaba encantado. Pero una noche tuvo una disputa de juego con Lasarte. Pololo tenía una suerte irritante para ligar escaleras de color.

—Es natural—dijo Lasarte en el colmo de la indignación—. Los que estais casados con mujeres guapas sois muy afortunados en el juego. Es una compensación.

Ciertas reticencias exigen, entre caballeros, que se concierte un duelo en terribles condiciones. Pololo nombró dos amigos especialistas en el arte de que los demás señores se desuellen vivos, con sujeción a ciertas reglas.

Pero en su conciencia se clavó una duda espantosa, el torcedor de que tanto nos han hablado los folletinistas truculentos.

¿Sería verdad?

Indagó con cierta inteligente habilidad, que no se podría sospechar en él. Y adquirió la plena certeza de su deshonor. Los encantos de su esposa habían sido casi del dominio público.

Esto le contrarió mucho. Podía divulgarse. Y aquel demonio de Lasarte ¿cómo diablos se habría enterado?

Lo correcto era matar a Lasarte, matar a su mujer, matar a sus suegros...

—Pero la vida no es un drama de Calderón—pensó mientras se tomaba un whisky.

Después celebró una larga conferencia familiar. Lo sabía todo. Pero el señor Morente, con su proverbial elocuencia, le hizo comprender que por torpeza suya no iba a dejarse extinguir tan ilustre genealogía.

Pololo pensó en su sueldecillo de la Deuda... recordó la enorme cartera que había traído el señor notario, y se convenció. En familia acordaron una solución satisfactoria.

La víspera del duelo, Pololo fué a casa de su adversario.

—Oye, Lasarte, te doy diez mil pesetas si reconoces que cuando dijiste aquello estabas borracho...

Lasarte aceptó. Se dieron la mano. Entre personas bien educadas todo puede tener un arreglo decoroso.

Emilio Carrere

AVISO IMPORTANTISIMO

Habiendo llegado a nuestro poder el papel especialmente fabricado para esta Revista, **a partir del próximo número, publicaremos los dibujos A TODO COLOR**, en vez de los bicolores que veníamos dando, con el fin de avalorar aun más este sin par semanario, verdadero alarde editorial por su selecta y copiosa colaboración literaria y artística. Ciertamente es, que sin la ferviente acogida que nos ha dispensado el público, no podríamos llevar a cabo este sacrificio...

(Continuación.)

---Qué entretenido ibas ayer tarde a estas horas.
Lanzarote se echó a temblar de pies a cabeza:
---¡Ya me he!--pensó.
Y para disimular, dijo, con displicencia:
---¿Ayer?... ¿Qué hice yo ayer a estas horas?
---Tú sabrás.
---Ayer...
---Ibas por la calle de don Ramón de la Cruz.
---¡Me en tu mamá!--rugió para adentro Lanzarote. ¡Ah, sí! Tienes razón. Iba a hacer una visita.
---Ya me lo figuro.
Como de costumbre, el tono en que hablaba el general era de una estudiada ambigüedad, tan perfecta, que nadie hubiera podido deducir de él nada concreto. Oyéndole, Lanzarote se quedaba en la duda de si no sabía nada y quería enterarse sorprendiéndole, o sabía y trataba de provocar una confesión.
¡¡Era tan astuto el muy!!
Contra su astucia de zorro quiso él usar otra: diría la verdad a medias, le engañaría con una parte de la verdad, que es a veces el medio más seguro de engañar.
---Pues sí, iba a hacer una visita. ¡Una verdadera obra de caridad! Y no lo digo para darme importancia, que no es mi costumbre, ni falta que me hace.
---¡Pedro! Pero ¿por qué has de emplear esas palabras tan soeces?
---Es verdad, chico: tienes razón; perdona.
---Debes purgarte con más frecuencia.
---Así lo haré. Pues, como te iba diciendo, se trata de una pobre anciana con seis nietos, y sin una peseta para darles de comer.
---¿Otra vez?
---Perdona hombre: he dicho en el buen sentido de la palabra.
---Hay palabras que jamás pueden tener buen sentido!
---Es verdad. Pues sí, esa infeliz vive con su cría allí en las nubes, en el último piso de una casa nueva de la calle de don Ramón de la Cruz, que más que piso es un desván para guardar muebles. ¡Qué cuadro, chico!
---Me lo figuro. ¡He visto tantos de esos!
---Lo que es como éste no creo que hayas visto ninguno. Ni los verás.
Y añadía por lo bajo:
---¡Antes ciegos que tal veas, hijo de por parte de padre!
---Si no fuese por mí—añadió el coronel—y por algún otra alma piadosa, que se arriesga a subir allí de cuando en cuando, esa familia estaría ya enterada.
---Lo creo.
---Yo voy, les doy un socorro, les consuelo un poco, les hago compañía un ratito, y me marchó.
---Bien hecho.
A Lanzarote se le pasaban unas ganas feroces de gritarle:
---¡Canalla! ¡Hipócrita!
!.....! Pero ¿por qué

no hablas claro y dices lo que sabes y lo que no sabes?
Se contenía a duras penas, y optó por callarse.
Llegaban a la casa del muerto: el coronel tenía el proyecto de cumplir de prisa y corriendo con aquel fúnebre deber y salir escapado hacia la calle de don Ramón de la Cruz: ya se sabe que era su hora de todas las tardes.
Por un momento temió que Ballesta echase por tierra su combinación; pero el general, ya casi en el portal funerario, le dijo:
---Un día que vayas a visitar a esa pobre gente avísame e iré contigo.
---¡.....!--le apostrofó por lo bajo, con término ganadero—. Bueno: yo te avisaré.
---Quiero yo también llevar mi socorro a esos desdichados. ¡Qué!
---¡General! ¿Tú también usas palabrotas?
---Calla, hombre: si es que me contagias.
Separáronse a la puerta misma de la casa; Lanzarote seguía en la duda de si aquel de dos puntas estaba o no estaba enterado.

Por si acaso, bueno era extremar las precauciones.
Angustias tenía para su amigo un tan raro poder de excitación, que la de éste apuntaba en seguida al cielo en cuanto se ponía en camino del nido de amor.
No necesitaba verla para conseguir tan felices resultados en su ya un poco trabajada. Le bastaba con evocarla, y, sobre todo, con irse acercando a ella poco a poco.
El coronel Lanzarote estaba un poco alarmado ante aquella vuelta de su juventud con todas sus pasadas plenitudes, y, sobre todo, lo que más le preocupaba, sin dejar por ello de llenarle de alegría, era la forma verdaderamente explosiva que tomaban sus retozos, llegando hasta a duplicar y triplicar el en una sola sesión.
Para ir esta tarde desde la calle del Arenal a la de don Ramón de la Cruz, tomó un coche que halló al paso frente a San Ginés. El viaje iba a ser largo, pero *acaso* lo fuera más haciéndolo a pie. Dentro del vehículo, y evocando con prodigiosa plasticidad la figura de su amada, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no allí mismo, sobre la sucia alfombra. ¡Aquella travesura infantil a sus años habría sido el colmo del salto atrás que se estaba operando en su vida!

Maliciosamente dijo al cochero que parase en el paseo de Ronda y en el cruce de la calle inmediata a la suya. Allí despidió el coche, y aun así, para despistar del todo los posibles espionajes del del general, no se encaminó directamente a pie a la casa, sino que dió dos o tres vueltas por las manzanas inmediatas.

Antes de sumirse en el portal inspeccionó a derecha e izquierda la calle.

Casi por primera vez

Joaquín Belda
(Continuará.)



PROPOSICIÓN

Dibujo de GARRÁN.

---¡Anda el viejo éste! Como no sean de rapé...

ARTURITO VA AL 'IDEAL KAMELO'.....GRATIS.



-Tengo entradas gratis....



-Aprovechemos, ya que es de balde..



Un ramito...

Unos bomboncitos....



Llegaremos tarde...

- No importa...; para lo que cuesta!...



RESTAURANT

TEATRO



-¿Te queda algo?..

-¡Ni un botón!..



-Ayerche perdi mi alfiler... por tu culpa...; me debes otros!..

